

Homenaje a don Enrique Molina en el Senado

VERSION EXTRACTADA OFICIAL 274.^a LEGISLATURA. SE-
SION 14.^a ORDINARIA. MARTES 15 DE MAYO DE 1956, DE
16 A 19 HORAS



SE RINDE homenaje a don Enrique Molina Garmendia, ex Rector de la Universidad de Concepción (por acuerdo de la Sala, los discursos pronunciados con este motivo se publican *in extenso*). Presidencia del señor Fernando Alessandri; Secretario, el señor Horacio Hevia Mujica.

El señor Bellolio.—Señor Presidente, Honorable Senado: En la sesión del martes próximo pasado, el Honorable señor Marín rindió un homenaje al insigne maestro don Enrique Molina. Por iniciativa del Senador que habla con el asentimiento unánime de todos los Honorables colegas, esta Corporación acordó que en la sesión de hoy se tributara el homenaje justo y merecido a este héroe de la paz que después de 63 años de rudo batallar, de ilusiones convertidas en realidades, se acoge al descanso, para quedar con el honroso título de Presidente y Rector Honorario Vitalicio. ¡Qué inmensa lección a nuestra generación y las del futuro!

Hombres de la talla intelectual de don Enrique Molina cruzan raras veces el cielo de la actividad humana, como brillantes meteoros ahuyentadores de la noche, y por eso estamos aquí, en este recinto, el más alto de la República, para rendir el homenaje al Maestro; Maestro de Maestros, que por su talento, su tesón constante en superarse

y su apostolado en busca de la verdad, merece el reconocimiento de la Patria, el recuerdo de quienes son sus hijos espirituales, entre los que tiene la honra de contarse el Senador que habla, para que su vida y su obra sirvan de ejemplo a las generaciones del porvenir.

Permitidme Honorables colegas, que distraiga vuestra atención, más de lo que es usual en estos homenajes y haga una apretada biografía del Maestro y de su obra cumbre, la Universidad de Concepción, que tan sólo ayer cumplió 37 años de existencia.

Nace Enrique Molina en La Serena, capital de provincia, allá cerca del mar, donde el colorido y el perfume de las flores van formando el espíritu dilecto, que el estudio y su inteligencia desarrollarán al pasar de la niñez a la adolescencia.

Llega a la capital a iniciar sus estudios universitarios. Ingres a la Facultad de Derecho; pero al poco tiempo se crea la Facultad de Pedagogía, a la cual opta, por tener ya latente su vocación de maestro. Al terminar sus estudios, en 1892, llega en una delegación, por primera vez, a Concepción, que —presiente en forma intuitiva— va a tener un desarrollo espiritual y material inmenso.

Diez años en Chillán como profesor de Filosofía e Historia y Geografía, junto a otros pedagogos, elevan el prestigio del Liceo. El nombre de don Enrique Molina va siendo conocido en todo el país, mientras el buen sembrador y maestro va dando de sí, casi sin notarlo, su obra pedagógica.

No quisiera dejar sin mencionar que en dicha ciudad contrae matrimonio con doña Ester Baraño, mujer de talento indiscutido para ser la compañera del Rector de Juventudes y que, con su amabilidad y comprensión, ha dado un ejemplo de hogar modelo.

Tras un corto tiempo en Concepción, pasa a ocupar la Rectoría del Liceo de Talca. Viajes al Viejo Mundo y a Estados Unidos de Norteamérica. Observa, ve, discute y estudia los sistemas pedagógicos más modernos y vuelve a Chile con un nuevo bagaje de conocimientos.

En 1917 llega nuevamente a Concepción como Rector del Liceo. Ahí el destino de su vida parece que ha tocado puerto. El progreso de Concepción ya es una realidad. Falta entonces levantar el nivel

intelectual necesario a toda ciudad que desee alcanzar sus objetivos de grandeza.

Comunica sus ideas a un grupo de hombres, muchos de los cuales están hoy día en la brecha, para fundar una Universidad. Con su palabra fácil y convincente contagia, por decirlo así, y se forman los primeros comités, que han de llevar a feliz término la creación de la Universidad.

Se dirige otra vez a Estados Unidos y países americanos, de donde trae nuevos acervos de cultura y organización universitaria; y así, sin dinero del Estado, con la contribución voluntaria de pobres y de ricos, con el entusiasmo y la generosidad de hombres magníficos, el Dr. Virgilio Gómez, recientemente fallecido, y muchos otros, el 14 de mayo de 1919 empieza su vida la naciente Universidad.

Con esas cualidades humanas, don Enrique Molina ve afianzarse su obra, que fue creciendo hasta que en 1925, siendo Presidente don Arturo Alessandri se dicta la ley de la Lotería de la Universidad de Concepción, obra que se debió en gran parte al actual asesor jurídico de la Cancillería, ex Embajador en el Vaticano y Moscú y ex Secretario General de la Universidad de Concepción, don Luis David Cruz Ocampo.

Pasan algunos años. El Senador que habla, estudiante de ese plantel universitario, puede apreciar muy de cerca la obra de don Enrique Molina, quien dicta charlas, conferencias, y con su trato humano y afable, democrático y jerarquizado, va cada vez conquistándose más a sus alumnos y profesores. Y la Universidad no sólo se conoce en la región y en el país, sino que desborda los límites nacionales y su nombre es casi conocido en todo el orbe. Viene el canje de publicaciones científicas con otras Universidades extranjeras. Su Ciudad Universitaria ya es modelo de otras en el mundo; el prestigio de sus Facultades da a sus profesionales e investigadores nacionales y extranjeros un mérito mayor para la lucha por la vida.

Nuevos viajes al Viejo Mundo y al Nuevo, para dar a conocer más que nada, a la joven y dinámica Universidad que es su obra, para traer siempre algo nuevo, pues para él una Universidad no pue-

de ser estática sino dinámica, siempre en movimiento, ya que las aguas estancadas se ponen pronto insalubres y las aguas en movimiento son siempre cristalinas. Y así van surgiendo laboratorios, nuevas Facultades y ampliaciones de las ya existentes, para culminar con la creación, hace dos años, de la Facultad de Agronomía, con sede en Chillán, la tierra donde don Enrique Molina había iniciado sus actividades docentes, con lo cual dejó a la provincia de Ñuble vinculada a Concepción por un lazo espiritual.

Diecinueve obras, casi todas ellas de carácter filosófico, centenares de charlas, conferencias y discursos, completan su obra intelectual. La Universidad, obra cumbre de un hombre, en su lema de la antorcha y las estrellas, que corresponden simbólicamente al saber y a las diversas Facultades, le otorgan el verdadero título de maestro, padre espiritual de miles de chilenos y hermanos latinoamericanos que hoy estarán con nosotros en este homenaje al que se asocia Chile entero, sin distingos de partidos ni de credos; y por eso los Senadores de estos bancos, en especial el Senador señor Izquierdo y el que habla se enorgullecen de contarse entre sus amigos.

He dicho.

El señor Curti.—Señor Presidente: una vez más el Senado de la República hace un alto en su labor legislativa y eleva su voz para rendir homenaje a un hombre cuya labor en provecho del país es de un innegable valor positivo.

Hoy, con ocasión de haberse acogido a merecido descanso, queremos adentrarnos un poco en la personalidad de don Enrique Molina Garmendia y destacar en ella las múltiples facetas que hacen de él un esforzado y benemérito educador, un hombre público de relevantes cualidades y un cultor de las disciplinas del espíritu.

Su vida de abnegación y sacrificios se inició en los campos del Derecho y de la Pedagogía, en donde encontró la savia fecunda que debía orientar su obra futura como formador de juventudes y Maestro de generaciones. En la enseñanza vertió lo más generoso de su alma y por medio de ella sembró la semilla que debía fructificar más

adelante. Apenas contaba 20 años cuando ya se había titulado como pedagogo en Historia y Geografía, principio éste de una vida de magisterio intensa y fecunda en diversas instituciones que lo hizo culminar en su labor docente como Presidente y Rector de la Universidad de Concepción, donde desempeñó su actividad con acierto y ponderación. Junto a sus aulas siguió una a una las etapas de crecimiento de este plantel educacional, desde su fundación hasta nuestros días. Las vicisitudes del diario laborar jamás abatieron su espíritu, pues lo animaba un ideal que materializó en sus obras. Su vida es un ejemplo de tesonero esfuerzo y lo vemos cumplir hasta su retiro, con gran vigor, responsabilidad y ascendiente el difícil y delicado cargo de gobernar la Universidad e impulsar su desarrollo y progreso. Como educador supo inculcar en la mente de sus educandos las nociones del bien y del derecho y dejar en ellos su cariño de maestro y toda la grandeza de su espíritu. Por eso, hoy, agradecidos, le rendimos el mejor de los homenajes, el reservado a quienes se han conquistado el reconocimiento de varias generaciones que han recibido de sus labios generosas enseñanzas, de su corazón efluvios de bondad y de su alma sabios consejos y orientaciones.

Pero don Enrique Molina no sólo se destacó en la enseñanza, sino que su personalidad inquieta quiso trascender más allá de los límites del magisterio; y es así como lo vemos brillar en la literatura y en la filosofía y materializar en sus escritos todas sus inquietudes culturales. Entre sus obras filosóficas resaltan con especial relieve su *Filosofía Americana*, *Por los valores espirituales*, *La herencia moral de la filosofía griega* y *De lo espiritual en la vida humana*. Entre las sociológico-culturales, merecen anotarse *Las Democracias americanas y sus deberes*, *La cultura y la educación general*, *Educación contemporánea* y muchas otras que constituyen un acervo de cultura y enseñanza fecunda para quienes lo sigan.

En todas sus obras vemos ese elevado criterio que ha caracterizado siempre a don Enrique Molina y que hacen su opinión respetable y respetada.

Pero hay más; en el orden internacional ha sido acogido con

muestras de simpatía y de reconocimiento a su labor ciudadana por innumerables instituciones filosóficas, científicas y culturales extranjeras; miembro ilustre como Caballero de la Corona de Italia, como Oficial de Academia del Ministerio de Instrucción Pública de Francia, Miembro Honorario de la Sociedad Científica Argentina y de otros altos organismos que se sienten honrados con su presencia.

Ministro de Educación, Abogado, Sociólogo, Conferenciante, Pedagogo y Profesor, Rector en todas las actividades que desempeñó, escritor que abarcó la educación y la filosofía. Señores, este es el hombre y esta es su obra. Difícil es encontrar reunidas en una sola persona la multiplicidad de facetas que vemos en don Enrique Molina. Al rendirle este homenaje, queremos dejar constancia del extraordinario magnetismo de su persona, de la bondad que es característica de su obra y de su acendrada rectitud que sirvió para atraer hacia él la ayuda de todos.

Sea este homenaje, pues, la consagración pública del reconocimiento con que la ciudadanía mira a tan benemérito varón y a la vez el galardón justiciero a una vida consagrada por entero a las disciplinas del espíritu y a la formación de varias generaciones que, gracias a él, contemplaron nuevos horizontes y recibieron nuevas armas para forjar el progreso y el engrandecimiento de la Patria.

He dicho.

El señor González (don Eugenio).—Señor Presidente: los Senadores Socialistas Populares adherimos con la mayor complacencia al homenaje que se tributa a don Enrique Molina, Maestro eminente y servidor público. He dicho dos palabras en que se sintetizan la personalidad y la acción de don Enrique Molina: Maestro y Servidor, palabras tan dignas en su significado cabal y tan ligeramente aplicadas en los tiempos que corren. ¿No se suele aplicar la denominación de maestro a muchos que ejercen la docencia como un oficio para el cual no se requiere otra cosa que un título? ¿Y no se trata de servidores de la República a muchos que sus actividades sólo buscan ocasiones de encumbramiento personal?

Maestro lo es de verdad don Enrique Molina, porque se consagró a la enseñanza por ineludible mandato de esa especie de voz socrática que, en momentos decisivos, desde el fondo de la conciencia, señala la trayectoria de un destino: la vocación genuina que confiere estilo a la vida y la ennoblece haciéndola fecunda. No hay materia sin vocación: sólo cuando es la recta expresión del ser íntimo la forma adecuada dentro de la cual puede disciplinarse la existencia sin perder su ímpetu creador; se da en el trabajo de todos los días, aunque sea el más modesto, en aquel que no se realiza por frío de ver sino por abundancia de voluntad generosa, la alegría de la plenitud.

Propio del maestro es servir. Servir en la actitud espiritual que más conviene a su misión orientadora y con el corazón abierto a las inquietudes, a veces turbulentas, de la juventud. Servir con una sencillez comprensiva que ninguna pasión circunstancial menoscabe y una sinceridad viril que puede alguna vez ser severa pero jamás pedantesca. Servir con el espíritu alerta para descubrir oportunamente esta nueva verdad que, al decir de Nietzsche, trae cada aurora; pero, sobre todo, con la autoridad moral que nada debe a la técnica pedagógica porque es espíritu vivo.

Don Enrique Molina es un maestro, y, como tal, ha servido. Ahí está su obra visible, motivo de orgullo para todos los chilenos: sus libros sobre elevados temas, ricos de incitaciones de superación moral; la Universidad de Concepción, ejemplar centro de investigación científica y de irradiación cultural. Y tan valiosa como esta obra visible —y quizás más— aquella otra, imponderable, que ha venido realizando a lo largo de 63 años, en diálogo continuado con sucesivas generaciones, a las que ha inspirado nobles ideales.

Hombre de excepción, en quien la actividad esclarecedora del espíritu se ha unido armoniosamente a la capacidad realizadora de la voluntad; Maestro cordial de juventudes a las que, como el sabio antiguo, ha procurado hacer mejores para que la ciudad sea justa, gran servidor de la cultura de Chile y personalidad representativa de nuestra democracia, don Enrique Molina, merece sobradamente

el reconocimiento público, del cual esta tarde se hace vocero el Senado.

He dicho.

El señor Martones.—Honorable Senado: La Ilustre personalidad de don Enrique Molina Garmendia, a quien rendimos hoy un cálido homenaje de justificado reconocimiento por su alta y ponderada labor educacional, está enlazada a la vida y a la historia de Chile, como la de otros tantos eminentes ciudadanos lo estuvo a la vida y la historia política o gubernativa del país.

El lugar que ocupa, en tal sentido, pero especialmente en el concepto de la ciudadanía, no está sujeto a discusión o duda alguna, pues el filósofo y maestro que hay en el espíritu de este hombre, ha quedado demostrado, durante varias décadas, ya sea como profesor en las aulas de la Universidad, o frente a la exposición de temas de orden metafísico o filosófico.

Constituido en un virtuoso de la especulación filosófica, manifestación intelectual que se conceptúa como la más completa de las pasiones del espíritu humano, don Enrique Molina no sólo llegó a ser Maestro de Maestro en nuestro propio país, sino que rebasó las fronteras de Chile para ser admirado y querido en otras latitudes del mundo, en donde se le ha situado entre los grandes del pensamiento contemporáneo.

Todo esto es un orgullo para nosotros, tanto como para él, que, a semejanza de los grandes pensadores griegos, dedicó lo mejor y lo más florido de su vida al culto de la verdad y de la enseñanza; al respeto de la moral, y, en forma muy especialísima, a eso del conocimiento y del entendimiento humano.

Sencillo y modesto, don Enrique Molina tiene el galardón de nuestro aprecio, de nuestro reconocimiento y de nuestra exaltación como ciudadano ilustre y benemérito. Lo contamos entre lo grande nuestro; entre lo más brillante producido en nuestra Patria.

Pero su sencillez y su grandeza cobran mayores relieves cuando comprobamos que, como en un bello ejemplo de ostracismo volunta-

rio, elige la provincia para esgrimir el verbo encendido de la enseñanza superior, y se esfuerza por llegar a fundar, en Concepción, la Universidad por él dirigida con singular acierto durante 37 años, plantel que es orgullo del país y que es fruto de sus desvelos e inquietudes.

El Maestro filósofo, con clara visión del porvenir del Sur de Chile, comprendió que allá se lo necesitaba. Y con voluntad inquebrantable forjó ese plantel maravilloso que es la Universidad penquista.

Señor Presidente: En este recinto se han rendido muy justificados homenajes a hombres ilustres de mi Patria. Pero este que rendimos en este momento al educador, al maestro de juventudes y generaciones que es don Enrique Molina, lo encuentro —perdóneseme la apreciación tal vez muy personalísima— más grande, de mayor relieve, con más trascendencia social y humana, pues se trata del reconocimiento de la obra de un hombre de paz, que ha indicado sendas luminosas de verdad y de belleza a sus compatriotas, sin sectarismo mezquino, y, en especial, a las generaciones jóvenes modestas de nuestro país.

El señor Aguirre Doolan.—Señor Presidente, Honorable Senado: Pueden ser los fenómenos de orden económico los que impulsen el progreso de los pueblos. Pueden las grandes manifestaciones de la fe movilizar hacia la superación a las colectividades. Pueden las ideas, en sí mismas, como lo creía Hegel, trazar la ruta de las sociedades. Toda esa red compleja de factores, determina, tal vez, el destino de un conglomerado humano, y afianza las bases de su supervivencia. Pero ni el hecho económico, ni la eclosión de la fe, ni la idea potente podrían alcanzar su significación histórica, sin la concurrencia espiritual del hombre; sin el aporte de selección de varones capaces de domeñar las energías de las ideas, de las místicas y de los fenómenos.

Una sociedad termina siempre expresando su valía por la voz de sus hombres cumbres, de sus conductores del alma. La nuestra, la

sociedad chilena, los ha tenido en proporción mayor que la que suele darse en una Patria joven. No hablemos de nuestros políticos que piden, aun desde sus tumbas, el homenaje de que polemicemos acerca de ellos. Hablemos, sí, de nuestros pensadores. Recordemos a Lastarria, el creador; a Letelier, el sistematizador riguroso; a Cabero, el de la sólida elegancia. Todos nos honran y se adentran en nuestra veneración.

En la universitaria ciudad de Concepción, vive Enrique Molina Garmendia. Ya el don parece no sentarle. Se anticipó a la historia, y entró en ella en vida. Es Enrique Molina el pensador por excelencia.

Ha dejado el filósofo la Rectoría de la Universidad de Concepción. Se ha ido del recinto de su obra; de la expresión más sólida de su fecundidad laboriosa. Los años le señalaron la ruta del descanso, ¡y qué años! Fue maestro desde su adolescencia. Fue maestro cuando el serlo era heroico; cuando caía, sobre el que enseñaba, el frío de una incomprensión que era casi desprecio. Fue maestro cuando sólo halagaba en la Cátedra la certidumbre de estarse dando a una generación valiosa y de estar comulgando a lo lejos con el vigor de Rodó.

Después, los libros. Tantos, que se haría exagerada tarea el citarlos aquí. Pero, de entre ellos, destaquemos su *Exégesis de Bergson*, su *Interpretación de Guyau*, su *Ponderación de los valores espirituales*, su *Teoría universitaria*. No creemos que algún pensador chileno lo sea en tan alta medida y en tal profunda dimensión.

Hizo la Universidad. La impulsó. La vivificó. La preservó. Durante su mandato, ni sectarismo, ni prejuicios restaron vuelo a la gran obra de investigación y de extensión.

Como Senador que se honra con la circunstancia de que pertenezca Concepción a la circunscripción que representa, cumpla ante la Honorable Corporación, y en nombre de mi partido, con el grato deber de rendir al Maestro, en su retiro, el homenaje de la gratitud ciudadana y de expresarle mis deseos de felicidad.

Señor Pérez de Arce.—Señor Presidente: Los Senadores de estos bancos independientes nos adherimos con profunda admiración al

justiciero homenaje que el Senado de la República rinde hoy al Maestro de generaciones y distinguido educador don Enrique Molina.

El señor Rivera.—Señor Presidente: Ya en la sesión anterior se rindió homenaje al señor Molina, y manifesté, en nombre de los Senadores Liberales, que nosotros concordábamos con todas las justas apreciaciones que sobre sus méritos habían hecho distintos Senadores. Hoy día, en que se le rinde nuevamente homenaje, pero en forma más completa por cada uno de los sectores del Senado, el Partido Liberal reitera los conceptos que anteriormente vertió al respecto.

(“El Mercurio”, Santiago, 16 de mayo de 1956).